



A las Mujeres, día y lit.

lit. de S. Donon. Ma...

MUJERES CÉLEBRES.

D<sup>a</sup> URRACA FERNANDEZ.

## URRACA FERNANDEZ.

Mas atentos á los deseos de su paternal cariño , que al fatal ejemplo que les ofrecia la reciente y funesta division de sus vecinos hecha por Sancho el mayor de Navarra , ántes de morir Don Fernando y su esposa, dividieron tambien las dos coronas de Leon y de Castilla, que habian logrado reunir en sus sienes. En aquella division, que tan tristes resultados habia de producir , dejó á Alfonso , que aunque no era el mayor, era el hijo á quien amaba con preferencia, todo el reino de Leon y los campos góticos ó tierra de Campos; á Sancho, que era el primogénito, el de Castilla; hizo Rey de Galicia á Garcia, el más joven de todos; á Elvira le confirió el Señorío de Toro; y á la hija mayor DOÑA URRACA, el de Zamora.

Miéntas vivió la régia viuda Doña Sancha, con su esquisita prudencia y claro juicio logró tener reprimidas las ambiciosas aspiraciones de los hermanos, pero apénas dejó de existir la virtuosa muger del primer Fernando, cuando el génio turbulento y activo de Sancho, que ya habia pretendido, aunque desgraciadamente, arrancar parte de sus Estados á sus primos los reyes de Aragon y Navarra, allanado el obstáculo que habia contenido su ambicioso deseo, declaró la guerra á Don Alonso, y despues de sangrientas batallas, en las que al principio favoreció la suerte al de Leon , venció , mas por astucia que por valor, al ejército de Alfonso, haciendo á este prisionero y encerrándole en el castillo de Búrgos.

Cuando todo esto acontecia, Doña Urraca estaba en la pacífica po-



sesion de Zamora; y la desgracia de su hermano Alfonso, á quien desde niño amó tiernamente, prodújole profundo pesar, que para bien del monarca destronado y del triunfo glorioso de las armas cristianas, no quedó reducido á las tristes regiones del sentimiento. Á ruegos de la Infanta, que conociendo el carácter de Don Sancho, recelaba quitase la vida á su hermano, concedió el vencedor la libertad al vencido; pero á condicion y bajo la promesa de que Alfonso tomara el hábito monacal en el monasterio de Sahagun.

No llenaba aquel acomodamiento la completa aspiracion de Doña Urraca, que aun así, no estaba segura de que Sancho algun dia quisiera desprenderse de su hermano; y valiéndose de los medios que su cariño y prudencia le dictaron, logró que Alfonso saliera del claustro á favor de un disfraz, y que fuera acogido por el Rey Al-mamun de Toledo con la benevolencia y cariño que pudiera dar á un hijo, segun la frase del arzobispo cronista <sup>1</sup>.

Tranquila con esto Doña Urraca, que tambien habia conseguido con tierna solicitud fuesen en compañía de Alfonso sus leales servidores Pedro, Gonzalo y Fernando Ansurez, esperó en su fiel ciudad de Zamora mejores tiempos, segura como estaba por su fè en la divina Providencia, de que el triunfo de la maldad y de la ambicion, es siempre fugaz y pasajero.

Pero bien pronto vióse tambien amenazada por el miserable deseo de usurpaciones que abrasaba á Don Sancho. Ufano éste con la victoria y no satisfecho con los reinos de Leon y Castilla, continuó su marcha hasta Galicia; venció fácilmente á Don Garcia; hizole prisionero; y volviendo sus miradas á los pequeños dominios independientes de Doña Urraca y Doña Elvira, movió contra ellos poderoso ejército.

Débil la Señora de Toro, no pudo resistir al invasor; pero Urraca, que habia heredado el noble esfuerzo y altivez de su régia madre, decidióse á rechazar la fuerza con la fuerza, segura en la lealtad de los sarracenos, y en la prudencia y esfuerzo del valeroso Arias Gonzalo á quien encomendó la defensa de la plaza.

<sup>1</sup> El Arzobispo Don Rodrigo.

Riguroso y apretado fué el sitio; estrechóles Sancho cuanto pudo; los asaltos se renovaban cada dia con mas impetu y valor; pero tantos esfuerzos eran á pesar de estar dirigidos por el mismo Rey y por el Cid estériles, y se estrellaban en el valor de los zamoranos dirigidos por el esforzado Arias Gonzalo, y animados por su señora Doña Urraca.

Fuerte era la ciudad:

« Armada está sobre peña,  
tajada toda la villa,  
los muros tienen muy fuertes,  
torres há en gran demasía,  
Duero la cercaba al pié,  
fuerte es á maravilla,  
no bastan á la tomar,  
cuantos en el mundo habia <sup>1</sup>. »

segun cantaba el antiguo romance; pero mas que su fortaleza la hacia inespugnable la poderosa voluntad de Doña Urraca, que inspiando cada dia mayor denuedo á los defensores, hacia inútiles los desesperados esfuerzos del usurpador.

Comenzaba el mes de Octubre del año de gracia 1072, y Sancho, que no cesaba de buscar medio para realizar su deseo, cada vez mas avivado, á medida que era mayor la resistencia, acogió fácilmente las promesas de uno de los mas indignos defensores de Zamora, que, por conquistar acaso alto renombre, cubrió su memoria de eterno oprobio.

« Guarte, guarte, Rey Don Sancho,  
no digas que no te aviso,  
que de dentro de Zamora  
un alevoso ha salido:  
llámase Bellido Dolfos,  
hijo de Dolfos Bellido,  
cuatro traiciones ha fecho  
y con esta serán cinco <sup>2</sup>. »

<sup>1</sup> Romance anónimo.

<sup>2</sup> Romance anónimo.



Así cantaba en siglos posteriores un romance vulgar, dando al Rey un aviso, que cuando le era necesario no tuvo, ni acaso hubiera acogido el castellano Monarca, ciego en su loco empeño de usurpar la herencia de su hermana.

Acogida la propuesta del traidor, que ofrecía al Rey darle entrada en la plaza por oculto postigo, salió con Bellido Dolfos del Real, dirigiéndose á la ciudad codiciada; y apenas se juzgó á suficiente distancia del campamento el falso amigo, cuando viendo al Rey,

«de espaldas y descuidado,  
levantóse en los estribos,  
y cogiendo un venablo,  
con fuerza se lo ha tirado;  
diérale por las espaldas  
y á los pechos ha pasado.  
Allí cayó luego el Rey  
muy mortalmente llagado <sup>1</sup>.»

En vano al conocer tan indigna acción el esforzado Don Rodrigo de Vivar montó á caballo para perseguir al traidor;

«Con la priesa que tenía  
espuelas no se ha calzado.  
Huyendo iba el traidor  
tras él iba el castellano,  
si apriesa había salido,  
á mayor se había entrado <sup>2</sup>.»

y el Cid tuvo que reducir su justa ira á maldecir al caballero que cabalgase sin espuelas, y á jurar el castigo del traidor.

Con la muerte de Sancho (6 de Octubre de 1072), se esparció por todo el campamento la consternación y el desorden; y siendo inútiles

<sup>1</sup> Romance anónimo.

<sup>2</sup> Romance anónimo.

cuantos esfuerzos hicieran para llevar de nuevo al asalto á sus soldados, lo mismo el Cid que los demás esforzados capitanes del ejército real, levantaron el sitio, trasportando con lúgubre aparato el cadáver del Rey al monasterio de Oña.

Verdadero pesar produjo á Doña Urraca la desgraciada muerte de su hermano, y hubiera hecho ejemplar castigo en el Bellido Dolfos, si hubieran podido encontrarle los leales zamoranos; pero debió ir á ocultar su vergüenza en tierra de infieles, pues nada vuelven á mencionar las antiguas crónicas de aquel traidor.

Doña Urraca, que hubiera deseado alcanzar la victoria, no por la traidora muerte de su hermano, sino por el esfuerzo de los que habían jurado luchar por ella, conociendo en medio de su verdadero pesar la necesidad que tenía el reino de una persona que con prudencia y tino le gobernara, hizo que se reuniesen los castellanos en Búrgos para elegir monarca, siendo aclamado unánimemente el desterrado Alfonso. Tomado este acuerdo, envió la prudente y cariñosa hermana secretos nuncios al elegido Rey, encargándoles diesen la nueva á Don Alfonso de tal modo, que no se apercibiese de ello el infiel, pues temía, no conociendo toda la nobleza de carácter, que distinguió siempre á Al-Mamun, retuviera al monarca, ó le impusiera condiciones humillantes en cambio de la libertad. Alfonso, sin embargo, quiso mejor esponerse á no recobrarla, que engañar á su bienhechor, y, digno éste siempre de alabanza en sus relaciones con el sexto Alfonso, no solo le dejó volver á sus Estados, sino que, llevando hasta el fin la generosidad, le ofreció así riquezas como armas y ejército, si los necesitaba, para ayudarle á la sumisión completa de sus Estados.

Con esto, y después de una tierna despedida y de hacerse mútuas promesas de respetar sus reinos durante cierto periodo, separóse Alfonso de Al-Mamun, y colmado de obsequios y presentes, tomó el camino de Zamora, donde su cariñosa hermana lo tenía todo preparado para su proclamación.

Verificada ésta y después de recibir en Búrgos el juramento de los castellanos, no sin haber tenido lugar en la iglesia de Santa Gadea el